

llevaba en el interior grabado el nombre de uno de los hijos de Jacob. El historiador Josefo sugirió que quizá este número doce, cabalístico, estuviera relacionado con la división del Zodíaco. Dos hermosos rubíes estaban engarzados en las hebillas que sostenían el "Racional", rojo el uno, simbolizando el astro del día, y blanco el otro, como pálida imagen de la Luna.

Las doce piedras patronímicas son las siguientes:

SARDONICA

La adoptó Rubén, primogénito de Jacob. Es una piedra oriental, translúcida, casi transparente y de suaves tonalidades. Se labra como las cornarinas, y se emplea muy poco en joyería. Su valor en bruto es insignificante; en cambio, los antiguos camafeos ejecutados sobre sardonica oriental, se pagan a precios fabulosos por los coleccionistas.

Su nombre tiene diferentes significados etimológicos. Unos sostienen que la descubrieron los sardos; de aquí su antiguo nombre de "sardio" o "sarda"; otros, que tomó su nombre de la ciudad de Sardes, en Asia Menor, y otros, de la isla de Cerdeña "Serdeña".

Hay criaderos de ellas en las Indias, siendo transparentes las que de allí proceden. En Arabia, translúcidas, por lo que son llamadas orientales. Se encuentran en Albania, Egipto, Armenia, Silesia, Bohemia, teniendo estas últimas un tinte opaco.

TOPACIO

El topacio fué adoptado por Simeón. Es una de las piedras más codiciadas. Se parece al diamante, hasta el punto de que dió lugar a una tragedia moderna: la tragedia del oro. Por el año de 1858 vivía en Lisboa un oficial de Estado Mayor del Ejército portugués, llamado Dupoisant, de origen francés y naturalizado en Portugal. Este oficial, aficionado a las buenas cosas de la vida, adquirió por un precio muy razonable una piedra en bruto, procedente de la venta de la colección de un gobernador de la India. El buen hombre quiso saber qué era lo que tenía entre las manos y se marchó a París, a casa de Mr. Caboche, célebre lapidario que, al ver aquello, declaró sin reservas que se trataba de un diamante perfecto ¡de 800 quilates! En consecuencia, la piedra valía una verdadera fortuna.

El neo-portugués receló de su buena fortuna y la llevó al examen de un químico francés, empleado en el Instituto de París, quien coincidió con el informe del lapidario, y después de examinado meticulosamente, certificó que se trataba de un brillante auténtico y lo tasó en 130.000.000 de francos. No obstante, en la cabeza del oficial no podía caber la idea de convertirse en un hombre muy rico, y se trasladó con su piedra al Ateneo de Ciencias, Artes y Bellas Letras de París, solicitando un dictamen definitivo. El Ateneo, cauto como buena corporación francesa, admitió que aquella piedra poseía todas las cualidades del diamante,

pero no dijo ni que sí ni que no. Volvió a peregrinar con la joya el poseedor; yo creo que impulsado por la vanidad de asombrar a las mejores cabezas europeas. Se dirigió a Mr. Fontana, joyero del Palais-Royal, quien le hizo la oferta de 120.000 francos. Supongo que el portugués se reiría a mandíbula batiente de esta oferta.

De París pasó a Alemania, y de allí a Venecia, donde los lapidarios vénetos le aconsejaron que hiciese la definitiva prueba: fundir una cantidad de plomo en un crisol de hierro y sumergir la piedra en aquella mezcla. Efectivamente, la piedra se deshizo en mil pedazos. No era más que un topacio-cuarzo. El poseedor del falso diamante, que ya se había hecho a la idea de ser millonario, preso de un comprensible ataque de locura, se arrojó por la ventana a uno de los canales, donde pereció.

En 1822 se vendieron en París varios topacios blancos, procedentes de Minas-Novas, del Brasil, como si fueran diamantes. En estas páginas reproducimos una gran copa de topacio ahumado, de 22 centímetros de alto por 12 de ancho. La montura es de oro cincelado, esmaltada y salpicada de esmeraldas, cabujones y diamantes rosa. De la misma materia era la célebre "Custodia grande", de Jacobo Trezzo, que se encontraba en el Monasterio de El Escorial, y que desapareció entre las manos pecadoras de los franceses.

El topacio, según asevera Plinio, fué descubierto en una isla del mar de Arabia, llamada Chitis. Después de una violenta galerna arribaron a las desiertas costas unos corsarios trogloditas, los cuales, enfurecidos por el hambre, se dedicaron a cavar en la tierra para encontrar raíces. En lugar de ellas, hallaron topacios, mucho más valiosos, pero manifiestamente más indigestos. Juba escribe que en el mar Rojo se encuentra una isla, de muy difícil acceso a causa de estar siempre envuelta en una veste de niebla, que la hace de difícil emplazamiento. En lenguaje troglodita llamaron a esta isla Tropazzo, que quiere decir "buscada". De esta isla extrajeron el primer topacio, que fué regalado a Berenice, madre de Ptolomeo, rey de Egipto.



En su centro llevaba grabado el nombre de Levi. Tiene el tercer puesto, detrás del diamante y del rubí. Se cría en el Perú, cerca de Bogotá, en los Alpes tiroleses, y alguna vez se la ha encontrado en forma de prismas en las provincias gallegas. En su apreciación acontece un curioso fenómeno, pues disminuyen de precio en cuanto pasan de cinco quilates.

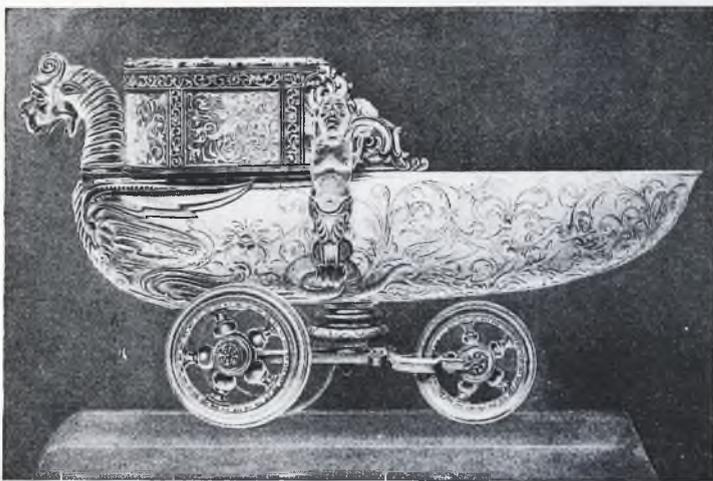
ESMERALDA

Una de tantas leyendas—ésta poco conocida—atribuye a la esmeralda el honor de haber sido la materia con que se fabricase el Santo Grial. Efectivamente, es una esmeralda con forma de copa la que se custodia en el Sagrario de la Catedral de Génova. Probablemente, esta alhaja—llamada Paropside Domini—no es una verdadera esmeralda, ya que la opinión más extendida y la que ha producido más cálces trata de una copa de ágata vaciada. El caso es que la esmeralda pasó a poder de la morisma, en uno de los múltiples avatares de la guerra. Conquistada Almería en 1147 por el emperador don Alfonso VII, fué recuperada entre el inmenso botín capturado. Las joyas fueron repartidas entre el ejército del Conde de Barcelona, y la armada genovesa, que había tomado parte en la lucha aliada, y los italianos prefirieron quedarse con el Santo Grial.

Reproducimos aquí la preciosa corona que ceñía las virginales sienas de María en las grandes festividades toledanas. La corona se encontraba rematada por una de las más bellas esmeraldas del mundo, en forma de globo, que sostiene la cruz. La piedra era de primer color, limpia, impecable, de un diámetro de 40 milímetros y labra unida. Su talla fué confiada al artífice toledano don Diego Alejo de Montoya, en el año 1574, empleando doce años para la ejecución de todo el trabajo.

Otra de las maravillosas joyas que España poseía en El Escorial, y que siguieron el camino del exilio francés, fué la célebre "Custodia pequeña", regalada por Felipe II, el rey que enriqueció las catedrales. Las metapas y los triglifos del friso estaban ejecutados sobre finísimas esmeraldas. En el pedestal, grabado sobre una puerta de cristal de roca, había la siguiente inscripción: "Para guardar la prenda segura y eficaz de la salud humana, el Rey Felipe II dedicó esta Custodia, que es toda de piedras de España, obra de Trezzo".

La primera joya esmeraldina de que se tiene noticia es el camafeo que servía de sello a Polícrates, que tenía grabada una lira. Hay un curioso paralelo entre el fetichismo de esta piedra entre los Sumos Pontífices de Israel y los sacerdotes mejicanos. Ambos creían que esta piedra tenía funciones de divinidad y la llevaban



Carro de cristal de roca (Museo del Prado)

